

de oposición entre asesino y víctima y convierte a ambos en personajes indiferenciables. Esta re-escritura del relato bíblico, que tiene por fuente el pensamiento gnóstico, proporciona asimismo el modelo básico sobre el cual se estructuran «Los teólogos», «Tres versiones de Judas» y otros de sus cuentos.

Aizenberg señala que Borges ha adoptado el estereotipo del judío como un ser de capacidades intelectuales superiores. Uno de sus cuentos más ilustrativos de esto es «El milagro secreto», descrito por la autora como «a story about the 'miracle' of mind over matter, which is also a reaffirmation of Western culture, and a celebration of the Jewish intellect» (p. 125). «*Deutsches Requiem*» y «La muerte y la brújula» son también analizados por ella desde la misma perspectiva. Con respecto al último, Aizenberg afirma que Borges ha expresado allí su admiración por la inteligencia de Spinoza haciendo de su sistema de pensamiento el fundamento filosófico del relato. En contraste con la actitud favorable de Borges hacia tipos y relatos judíos paradigmáticos, ampliamente documentada por la autora, ésta señala, en cambio, su rechazo de la figura y la leyenda del judío gauchó, producto de su propio ambiente nacional. Borges niega, en efecto, la existencia de tal personaje y afirma, con justificación histórica y sociológicamente irrefutable, que Gerchunoff, en *Los gauchos judíos*, hablaba de granjeros y no, verdaderamente, de gauchos. Aizenberg explica, además, que el uso inapropiado de la figura del gauchó, superimpuesta a la del inmigrante judío, era doblemente objetable para Borges, ya que no hacía justicia ni al uno ni al otro. En cuentos como «Las formas de la gloria» y «El indigno», Borges muestra su convicción de que el verdadero papel del judío en la sociedad y la cultura argentinas concuerda con su tradición intelectual y cosmopolita y no con el arquetipo nacionalista del gauchó.

*The Aleph Weaver* ofrece, con su exposición clara, concisa y bien organizada, una excelente interpretación de los aspectos judaicos en la obra de Borges. Con conocimiento experto del tema, la autora ha reconocido el aporte de otros estudiosos a la vez que ha ampliado y enriquecido su campo de investigación. El libro, particularmente útil en nuestro medio de habla inglesa, es una contribución valiosa y de interés perdurable que se incorpora a la monumental e inagotable bibliografía borgiana.

MALVA E. FILER

*Brooklyn College, CUNY.*

MARIELENA ZELAYA DE KOLKER: *Testimonios americanos de los escritores españoles transterrados de 1939*. Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana, Ediciones Cultura Hispánica, 1985.

He aquí un libro que se sale de la norma, libro especial, fruto no sólo de largos años de lectura y de análisis, sino también de la vivencia de la autora. No es éste simplemente «uno más» entre la infinidad de obras de crítica y de comentario que se han hecho y que se siguen haciendo sobre diversos aspectos de las consecuencias literarias de la Guerra Civil española. La producción literaria de los desterrados ha sido leída, por lo general, como obra española fuera de España, viendo en ella, ante todo, la formación peninsular y buscando entender cómo esa formación influye en el entorno americano o se opone a él. La intención del libro de Marielena Zelaya es otra: dirige su investigación a desentrañar cómo se refleja la vivencia americana

en la obra de los escritores exiliados y cómo interpretan esos exiliados los valores de la circunstancia cultural de la que, quieran que no, han de hacerse partícipes.

No faltan hoy quienes, a larga distancia, ven el exilio español como uno de tantos en el cuadro total de aquella década (1936-1946), traumática para toda Europa. A pesar de lo cual, y aparte ciertos enjuiciamientos partidistas como los que ocasionalmente afloran en boca de eminentes hombres públicos («brave struggle in the wrong cause»), el conflicto español, prelude indiscutible de los infinitos males que aquejaron aquella Europa, conserva para los enterados el destello de probidad desusada, irracional enfrentamiento con lo inevitable, tanto más de admirar cuanto imposible. Aunque no es éste el tema del libro que aquí nos ocupa, su lectura refleja el asombro del desarraigo, injusto castigo inmerecido. En vano buscaríamos en la obra de la veintena de autores estudiados la postura política, la autojustificación ideológica. En cierto modo, podría deberse a que aquellos intelectuales no representaban la izquierda revolucionaria, sino el liberalismo burgués europeo en su primer confrontamiento con el oscurantismo reaccionario. Mas eso no lo explicaría todo. Sean cuales sean las razones, el hecho es que una de las características del éxodo español frente al mundo es el hermetismo: decidido el conflicto bélico, a cuestas con su derrota, la España peregrina, tercamente indómita, se enfrenta con la soledad sin alharacas, sin el continuo lamento y el llanto lastimero. Decimos esto con pleno conocimiento y plena conciencia del tema del afamado libro de León Felipe<sup>1</sup>, cuya acongojada protesta, para consumo interno, en nada nos parece contradecir lo expuesto.

Cierto es que los que llegaron a América tuvieron la suerte grande de encontrar hermandad lingüística, factor fundamental que abrevia favorablemente el período de adaptación y que, sobre todo, proporciona al desarraigado imprenta y público. Algo se ha comentado el efecto singular del nuevo encuentro de España con América desde que don José Gaos creó el feliz apelativo de *transferrados*, no *desterrados*, dando a entender el sentimiento de vivencia privilegiada. Lo ha notado, entre otros, Patricia Fagen<sup>2</sup> con la justa imparcialidad del observador de lo ajeno y es la nota que, con mayor compromiso, caracteriza el estudio de Marielena Zelaya, en cuya formación universitaria influyen grandemente los maestros *transferrados* en México, según ella relata en el capítulo primero de su obra («Un éxodo encabezado [...]», pp. 13-20). Zelaya de Kolker plantea el tema como perspectiva dominante desde el título mismo del libro.

La mayor parte del estudio está dedicado a los prosistas, narrativa y ensayo. Dominan, en cierto modo, los grandes nombres —Ayala, Sender, Aub—, pero justo es observar que no se ha dejado la autora arrastrar por los ya famosos. Era, claro está, de esperar que a Ramón Sender le dedicara el estudio más extenso (pp. 179-312), pues es su obra la que más se adentra en temas americanos. Adicionalmente, la minuciosa investigación revela el valor certero de algunos escritores a los que la crítica académica ha prestado hasta ahora, inmerecidamente, escasa atención. Podríamos citar, como ejemplo, Clemente Airó y Simón Otaola, escritores ambos de feliz invención, de mayor compromiso americano que otros más conocidos, pero cuya obra no ha recibido aún el reconocimiento que, según nuestro criterio, indudablemente merece. Sin duda, en este relativo ninguneo han colaborado factores diversos, y no siempre son los mismos los que afectan a todos. En general, los escri-

<sup>1</sup> *El español del éxodo y del llanto*, que, compuesto en 1939, pasa por diversas ediciones; las más asequibles, las de Losada (en *Obras completas*, Buenos Aires, 1963) y de la Colección Málaga, S. A. (México, 1968).

<sup>2</sup> *Exiles and Citizens. Spanish Republicans in Mexico* (Austin, Tex., 1973), p. 152.

tores del exilio no han cultivado el dudoso arte de la reseña con la asiduidad con que se practica ni en España ni, sobre todo, en Estados Unidos. Tal vez haya sido ésta una de las manifestaciones del hermetismo a que nos referíamos al comienzo de esta recensión, sentimiento de un mundo personal, coto cerrado frente a la hostilidad externa. La nueva España, la de los veinte años posteriores a la guerra, había cerrado el acceso a la colaboración literaria de los desterrados con una censura a ultranza al mismo tiempo que trataba por todos los medios de impulsar nuevos valores allegados al régimen. Mucho más fácil les era a los peninsulares hallar medio de divulgación en América que a los transterrados hallarlo en la prensa de la Madre Patria. Recordemos la historia de la edición príncipe de *La colmena*. Recordemos también el espíritu que animaba las revistas del exilio —*Romance, España peregrina, Quaderns de l'exili, Las Españas, Xaloc*—, en las que se veía el angustiado esfuerzo de los desterrados por mantener vivos los lazos con los que quedaron del otro lado del Atlántico. Tendrían que pasar unos quince años antes de que *Insula* pudiera permitirse buscar colaboración abierta cuando su director se desplace a América para entablar un difícil diálogo directo con grupos de escritores exiliados. En este ambiente, los escritores que recibieron mayor atención fueron aquellos cuyos nombres habían sonado ya por su obra temprana, según señala acertadamente Zelaya de Kolker. Atención merecida, cierto es. León Felipe había tenido ya su compromiso con tierras americanas, tanto por afinidad intelectual como por nexos personales (cfr. *Testimonios*, p. 50). Llegó a convertirse en «poeta del exilio por antonomasia» (p. 49) y tuvo la fortuna en su edad propecta († 1968) de recibir el homenaje del presidente Díaz Ordaz (1964-1970), quien lo hizo objeto de notada distinción, de resultas de lo cual tenemos hoy acendradas ediciones, incluso facsímiles, de las editoriales Málaga y Finisterre.

Algo diferente fue la andadura de Aub y de Ayala. La obra de este último recibió el homenaje inevitable del hispanismo angloamericano con su definitivo asiento en la cátedra de Chicago. Zelaya analiza el devenir de su espíritu atormentado (recordemos el tema de «El tajo», uno de sus relatos), considera sus obras tempranas del exilio como escarceos y ve el comienzo de su enfrentamiento con los grandes temas americanos en *Muertes de perro* y en *El fondo del vaso*, este último de evidente resonancia valleinclanesca. El pesimismo y la melancolía se le aparecen a la autora como notas dominantes en las creaciones de Ayala, excluyendo de ellas «¡Aleluya, hermano!», en la que encuentra «la más íntima [y elocuente] adhesión a todo el género humano» (p. 178).

Pudiera parecernos extraño, a primera vista, hallar a Max Aub tratado con relativa brevedad —ocho páginas— en el capítulo penúltimo junto con otros cuatro escritores. Mas, según explica la autora, lo sorprendente es «que un narrador tan prolífico [...] que además estaba tan bien aclimatado en México haya escrito pocos relatos de marco mexicano y ninguno de larga extensión [...]» (p. 216). Se encuentran estos relatos incluidos en tres tomos, de los cuales el más conocido es el titulado *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco y otros cuentos*. Zelaya concurre con otros críticos en considerar más logrados los incluidos en el libro titulado *Cuentos mexicanos, con pilón*, elogia «la fina evocación de lo mexicano» y lamenta que Aub no le haya dedicado una novela a ese México que tan bien conocía. De no ser por alguna inesperada revelación póstuma en algún escrito hasta ahora inédito, difícil va a sernos resolver la incógnita. Lo que sí sabemos es que Aub, nacido en Francia y obligado a cambiar de patria a los once años con el exilio —¿involuntario?— de sus padres (alemán-francesa) al estallar la guerra de 1914, opta sin titubeos por la ciudadanía española a su mayoría de edad. Entra de

pleno en el entorno cultural español y se apropia su vivencia. ¿Sería acaso el segundo trasplante el del arraigo imposible?

Consabido es que el núcleo mayor de los exiliados se aposentó en México gracias a la iniciativa del presidente Lázaro Cárdenas. Zelaya de Kolker tiene buen cuidado de dirigir su atención en justo equilibrio a todos los países en que los desterrados encuentran asilo, y determina su selección en atención estricta al tema central de su investigación. Por eso este libro proporciona una guía certera para el estudioso. En él encontrará, además, revelación de valores si no ocultos, al menos descuidados hasta ahora por la crítica académica, que ha fijado su atención casi exclusivamente en cuatro o cinco de los consagrados. Buen ejemplo de la discreta inquisición de la doctora Zelaya es el capítulo dedicado a Clemente Airó (pp. 115-130), cuya obra sigue siendo poco estudiada. Se nos revela en el libro como escritor prolífico, significativa para las letras colombianas —Zelaya caracteriza su obra como «esencialmente americana» (p. 115)—, en las que ha influido tanto con su pluma como por haber creado y dirigido la editorial Espiral y la revista del mismo nombre. Sacamos la clara impresión de que su creatividad merece mayor atención de la que hasta ahora ha recibido. Entre otras características, señala Zelaya de Kolker «su posición feminista, que reconoce y admira la fortaleza [...] de la mujer colombiana» (p. 260).

En el capítulo de conclusiones, opina Zelaya de Kolker que Airó y Otaola son los transterrados que «se encuentran más compenetrados con su país de adopción» (p. 260). Es, creemos, un juicio exacto. Las páginas más absorbentes para nosotros fueron, quizás, las dedicadas a Simón Otaola, puede ser que por el regusto de un nuevo encuentro con *El cortejo*, sentida meditación sobre los años en que el exilio español coincidió «con el último esplendor de 'la región más transparente del aire'» (p. 234), así como con *Los tordos en el pirul*, sugestiva novela que «merece perdurar al lado de la poesía de López Velarde y [de] las novelas de José Rubén Romero como testimonio de la provincia mexicana» (p. 230). Nada podríamos objetar.

La impresión es clara, el formato del libro es discreto, de fácil manejo y de fácil lectura. Como lectores, agradecemos a Cultura Hispánica el no haber caído en el error de colocar las notas al final del capítulo, práctica que, en aras de una supuesta economía, convierte la lectura en interminable suplicio. Aquí las encontramos al pie de la página, como debe ser. En contraste, sorprenden ciertos descuidos, en su mayoría carentes de importancia. Nos permitimos mencionar dos como inaceptables: la inclusión de dos renglones superfluos al final del párrafo segundo de la página 16 y el habernos atribuido inmerecidamente la paternidad de ciertas obras (p. 264). No tan grave, pero también impropio, se nos hace el fragmento de fotografía con que se ha ilustrado la esquina derecha inferior de la cubierta. Parécenos reconocer en ella el éxodo de los ex combatientes de la República hacia los campos de concentración franceses. El documento da una nota de patetismo totalmente ajeno al tema del libro, desviando, además, la atención inicial del lector a una coincidencia de tiempo y de lugar muy distantes ya de la época y del emplazamiento del estudio.

ANGEL GONZÁLEZ ARAÚZO

North Carolina State University.